

17 - EL MERCENARIO – LA MADRIGUERA DE LA BESTIA

Después de alrededor de hora y media de descanso y recuperar fuerzas, nos ponemos otra vez en marcha, salimos de la casa por la puerta principal y caminamos entre las filas de cadáveres con miedo de que haya alguno escondido entre ellos, pero no se da el caso, así que vamos directos a la mansión central, la puerta principal está abierta de par en par, invitándonos a entrar. No podemos separarnos y buscar otra entrada puede ser contraproducente, el espacio que nos brinda la entrada nos es muy útil, además de poder salir corriendo hacia la hoguera si es necesario, así que entramos con mucho cuidado. Lo que otrora fuera una mansión lujosa y muy hermosa, ahora es una pocilga, hay de todo por el suelo, sobre todo heces y un líquido viscoso que no sé qué es, además de sangre verde seca por todas partes, se ve que las disputas internas están a la orden del día en su comunidad, por llamarla de alguna manera. Entramos a una enorme sala que bien podría ser una casa entera, con una enormes escaleras que se bifurcan en dos direcciones, con un mueble con un gran reloj en el centro, un mueble lleno de decoraciones de oro, así como un reloj de oro macizo con dos Alas Blancas sujetándolo por los lados, los Alas Blancas son seres mitológicos que ayudaron a los dioses en la gran guerra que dio origen a nuestro mundo, físicamente son iguales que nosotros solo que con unas grandes alas blancas en la espalda. Vamos a subir a la primera planta cuando oímos el ruido de un plato al romperse en la parte derecha de la mansión, así que vamos hacia allí con cuidado, sin separarnos mucho el uno del otro para protegernos las espaldas mutuamente. Entramos y nos encontramos a una de las hembras que vimos antes, más grande que a las que nos enfrentamos en la plaza de la hoguera hace un rato, sentada como un perro, con las patas traseras dobladas y el trasero en el suelo y las otras cuatro patas delanteras manteniendo la cabeza de la criatura en alto. Se nos queda mirando sin hacer nada, como si no le importara que estuviéramos ahí, una actitud que me escama, estas criaturas no son idiotas, ya debe saber que nosotros acabamos con el resto de su manada, pero ni se inmuta, es más, se gira y se va por la puerta que tiene al lado ignorándonos.

—La muy puta quiere que la sigamos, creo que nos quieren tender una emboscada.
—Dice Esmeralda.

—Una muy obvia, si es así. ¿Alguna sugerencia?

—Estos bichos son listos de cojones, esta actitud no es en absoluto normal en una bestia, si hacemos lo que ella quiere estamos muertos. Pero podemos hacer que crean que les va bien, ve tú con ella y yo me pondré en una posición alta y en cuanto hagan alguna tontería las reviento. —Dice con una sonrisa de mala leche.

—¿Tienes algo con lo que hacerlo?

—Por supuesto, tú confía en mí. Los voy a dejar en bolas, ya verás. —Dice riéndose.

Ella se va por donde hemos venido sin esperar que diera el visto bueno, no me hace ninguna gracia ir solo ahora, es muy posible que quiera acabar también conmigo para llevarse mi parte de la recompensa, es algo demasiado típico en este negocio, no parece una mala chica pero puede haber estado actuando todo el tiempo, pero no tengo mucha opción ahora, no puedo irme sin más, por varios motivos, así que sigo a la bestia que me ha estado esperando en el pasillo hasta que he decidido acompañarla. Me lleva tranquilamente por el pasillo hasta una intersección que debe estar tras las escaleras que llevaban al segundo piso, giramos a la izquierda y avanzamos hasta el patio de la mansión. Es un patio enorme con una pequeña fogata en el centro que ilumina la zona, el patio está rodeado por varias columnas, y sobre ellas un pasillo de forma cuadrangular

de la segunda planta con barandilla de barras de metal pintado de blanco, esos pasillos llevan desde la segunda planta de la parte de la fachada hasta la trasera de la mansión. Miro arriba, pero no veo a Esmeralda por ninguna parte, mala señal, en varios sentidos, el patio es enorme, con muchas plantas que me cuesta creer que sobrevivan con esta oscuridad, así que posiblemente sean artificiales, varias estatuas de porcelana y cuatro fuentes rodeadas de flores de docenas de colores distintos. Hasta aquí todo bien, el problema es cuando te centras en lo que no debería estar ahí, todas las paredes y gran parte del suelo de la parte que tengo enfrente está llena hasta las trancas de huevos pegados por algo viscoso, no tengo ni idea de qué es, y la verdad es que me da igual, el caso es que hay cientos, la puerta que da hasta la parte trasera de la mansión desde la planta baja, unas grandes puertas de madera con grabados de una cabra de oro en el centro están abiertas, y es muy posible que dentro haya más, joder, entre los que ya nos hemos cargado y los que saldrán de aquí podrían superar los mil seguramente. Pero el problema más actual es lo que hay entre esa puerta y yo, aparte de la ingente cantidad de huevos, siete hembras adultas enormes a dos patas serían más grandes que yo, dos de ellas realmente hinchadas, seguramente preñadas con varios huevos dentro, y entre las preñadas otra de estas criaturas de un tamaño descomunal, a seis patas es más grande que un toro, de alto y ancho, la forma de la cabeza es distinta al resto, tiene tres puntas bien marcadas en el cráneo, desde lo que sería nuestra cara, una en el centro de la frente hasta atrás acabada en un cuerno que sobresale y llega hasta la mitad del lomo y otras dos en los laterales del cráneo que también acaban en cuernos y entre estos cuernos el cráneo escalonado en tres partes desde lo que sería nuestra frente hasta donde salen los cuernos, como si le hubieran abollado el cráneo con tres balonazos entre los tres cuernos. En lo que son sus codos, rodillas y hombros también tiene protuberancias con forma de cuernos, y es con diferencia bastante más musculado que el resto y una cola significativamente más larga en proporción al resto. A escasos metros de mí tengo al macho alfa, delante de cientos de sus huevos, de dos hembras preñadas y de otras tantas adultas.

Joder, estoy aterrado, esta situación es desastrosa se mire como se mire.

La hembra que me ha traído hasta aquí se acerca al macho y éste le acaricia el morro con el suyo, después ella se echa a un lado y el macho da unos pasos hacia mí, y para mi sorpresa empieza a hacer unos gruñidos, muy diferenciados unos de otros y a hacer gestos con las manos.

¿Está intentando comunicarse conmigo? ¿Estas criaturas tienen incluso un lenguaje propio?

Sea lo que sea que intenta decirme, y aunque no conozco para nada ese idioma, queda claro que no es de forma educada, conforme “habla” cada vez sube el tono y los gruñidos son cada vez más amenazadores, las hembras mientras tanto, aunque siguen detrás de él, empiezan a moverse como si quisieran rodearme a la mínima señal del macho, cada vez gruñen con más fuerza, se están calentando. El macho me señala con las patas y me gruñe con fuerza.

¿Intenta decirme que solo quiere cuidar a su familia? ¿Qué me vaya y los deje en paz? ¿Estaré humanizando demasiado a estas bestias? Creo que me dejo llevar por esta situación tan surrealista y hago una estupidez:

—¿Entiendes mi idioma? —Le pregunto.

Es evidente que no, ante un momento de incertidumbre me ruge con rabia y se pone a darle puñetazos al suelo, ha pasado directamente a amenazar. Su comportamiento me está recordando mucho al de los grandes simios de las junglas del Río Serpiente, simios enormes y muy inteligentes, pero indómitos, si éstos se comportan de forma similar no dejarán este sitio, no por las buenas, y menos con huevos que estarán a punto de abrirse.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

Su rugido es mucho más grave que el de las hembras, y en verdad me tiene aterrado, creo que hasta paralizado por el miedo, espero que cuando llegue el momento reaccione en condiciones.

Estoy tan embotado con lo que tengo delante que no me percató de la lucha que hay arriba hasta que cae desde ahí el cadáver de una hembra y tras él Esmeralda, a la que le cuesta respirar. Ella me mira y parece algo aliviada y luego mira lo que tenemos delante y la expresión le cambia más que de miedo casi parece de cansancio.

—¡Vamos, no me jodas! ¿¡Aquí también hay machos!?

Dicho lo cual desde arriba caen a plomo dos machos y una hembra. Los machos no son tan grandes como el que me estaba hablando, pero aun así son bastante imponentes. Están tan centrados que no ven lo que tienen detrás, y antes de abalanzarse contra nosotros el otro macho les agarra de la cola y los estampa contra una columna a uno y al otro en la pared que tenemos detrás, donde no hay huevos, y las hembras se le echan encima a la que ha venido con esos machos y la despedazan.

¿Qué demonios está pasando aquí? ¿Una lucha por el territorio o algo así?

—¡Venga! ¡Aprovechemos antes de que venga el resto! —Me grita Esmeralda cogiéndome del brazo derecho y arrastrándome hacia la puerta.

No tengo tiempo a pensar ni a preguntar nada, simplemente la sigo. Cuando llegamos a la entrada nos topamos con una docena de hembras que se nos echan encima nada más vernos. Ahora que la veo luchar de frente, Esmeralda es increíblemente ágil, ya no solo su habilidad con el machete curvo, que es simplemente letal, también muestra una agilidad y flexibilidad envidiable, se mueve con una gracia natural que resulta hipnótica, esquiva sus ataques doblando su cuerpo de manera que creía imposible en un ser humano y durante esos movimientos da machetazos sorprendentemente precisos, además de puñetazos y reveses con su brazo derecho y patadas, incluso patadas apoyando la mano derecha en el suelo para llegar más lejos o mantener el equilibrio, nunca antes había visto pelear así a nadie. En unos pocos segundos nos encargamos de las hembras, son inteligentes, pero la mayoría se lanza de frente, una estocada dirigida a la boca tiende a acabar con ellas enseguida, así que salimos a la plaza, y allí nos encontramos con una batalla campal entre estas criaturas, vemos docenas y docenas de hembras matándose entre ellas, y cómo un enorme macho se enfrenta a la vez a unas cuarenta hembras que se agarran a él como se me agarraron a mí, mordiendo e incluso clavándole la punta de la cola, no sabía que pudieran usarla así, el macho es mucho más grande y fuerte que ellas, y las va matando con una sencillez y brutalidad fascinante, pero no sé si saldrá de ésta, aunque poco me importa, la verdad.

—¡Mierda! ¡Mierda! —Dice Esmeralda mirando en todas direcciones desesperada.

Parece que ve algo a nuestra derecha, porque sale disparada en esa dirección, y yo la sigo. Al pasar la segunda casa sale de golpe del callejón de nuestra derecha un enorme macho con la cara llena de cicatrices de garras lanzando por los aires a varias hembras a la vez, nos ve y nos lanza un rugido atronador, Esmeralda y yo nos preparamos para enfrentarnos a esa mole cuando oigo un silbido en el aire, seguido de una explosión en la espalda de la bestia, que cae desplomada, aunque no muerta, ya que intenta levantarse, pero no nos quedamos a ver si lo consigue, pasamos de él y seguimos avanzando. Miro arriba a los tejados, y veo que un edificio más adelante va corriendo una mujer en la misma dirección que nosotros, cargando con una ballesta, que por la estética debe de ser una ballesta explosiva, con munición de cabeza explosiva, ella ha debido acabar con el macho. Puesto que se ha expuesto por ayudarnos doy por hecho que está de nuestro lado, así que no agobio con preguntas a Esmeralda en estos momentos.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

—¡Por aquí! —Dice la mujer girando a la derecha, nosotros la seguimos por el callejón.

Nos topamos ahí con tres hembras que no nos dan demasiados problemas, una vez sabes cómo enfrentarte a una criatura es mucho más fácil plantarle cara. La mujer del tejado baja por la fachada colgando de una cuerda que ha atado en una chimenea y llega hasta el suelo enseguida, deja la cuerda y va corriendo hasta lo que parece una gran carnicería. Esmeralda la sigue sin dudarle, así que confiaré en ella. Entramos en la carnicería y ahí dentro hay cinco hembras, dos de ellas aún pequeñas, la mujer se para en seco, su arma no es adecuada para cortas distancias, eso está claro, así que Esmeralda y yo pasamos por su lateral y nos abalanzamos contra las criaturas, una de ellas me alcanza el brazo izquierdo y lo aprieta con fuerza, con la derecha que tengo libre remato a otra y alzo el izquierdo y lo giro para que su nuca quede al descubierto y lo pongo delante de Esmeralda, no hace falta que diga nada, permanezco firme e inmóvil para que no se le vaya el machete, pero ni me araña la ropa, un corte limpio en el cuello, ésta es la última, una vez muerta me quito la cabeza que se me ha quedado clavada en el brazo. Entramos en la parte trasera de la carnicería y vemos un amplio pasillo lleno de cadáveres recientes de hembras, y al final un hombre ya mayor pero fornido, con una calva amplia y una barba blanca como la nieve bien cuidada y larga, acabada en dos punta a la altura del mentón, el viejo está acabando con una hembra que tiene cogida de la cara y a la que degolla como si nada, en cuanto nos ve nos grita:

—¡Ya era hora! ¡Venga, entrad!

Oímos gemidos fuera, así que no nos lo pensamos dos veces y hacemos lo que nos dice, entramos en una gran sala refrigerante y el viejo cierra dos enormes puertas metálicas y echa la llave, estamos en lo que parece donde guardan la carne para que dure, hace un frío que pela, con corriente de aire, debe haber un conducto que conecte con el exterior y traiga este frío desde fuera. Antes de que podamos tranquilizarnos oímos como más de una de esas bestias embisten las puertas y las arañan, pero al poco se aburren y se van.

—Bueno, por fin se van esas putas, nos dejarán tranquilos un buen rato. —Dice el viejo mientras se frota las manos.

Visto de cerca, y cerca de la luz fluorescente del musgo, se ve que es un hombre curtido, con armadura de cuero tachonado que lo único que no le cubre es la cabeza. La armadura es claramente del norte, blanca y reluciente, de alguna bestia de las nieves, no sabría decir cual, tiene una capa más gruesa en el pecho con forma triangular desde los hombros, que le bajan hasta los pectorales, y de ahí se estrechan cubriendo la zona de los abdominales, unas hombreras recias, la protección del brazo derecho es completa y más gruesa que la del izquierdo, casi parece de una coraza pesada y no de cuero blanco, la del brazo izquierdo es más liviana, el brazal del antebrazo es simple, sin adornos, tiene una protección ligera en el codo y un par de placas de cuero blanco protegiendo el exterior del tramo entre el codo y el hombro, por debajo tiene una camiseta de color azul claro. En la cintura lleva un cinturón grueso con la hebilla con el grabado de un oso blanco del norte y un faldar de piel de lo que parece un lobo blanco, con cola incluida, y unas botas recias blancas hasta las rodillas, por encima una rodillera redonda y unas placas de cuero blanco rodeando los muslos. Y en el pecho, a la altura del corazón, el grabado el perfil de un oso blanco rugiendo, solo su cabeza, dentro de un círculo azul cielo. Es un mercenario del Unicornio del Lago Helado, un gremio de mercenarios cazadores que está en el Lago Helado, a una semana más o menos al sur de aquí, ya dentro de lo que consideramos el norte.

Su rostro es muy característico, con una gruesa nariz aplastada, unas cejas espesas y blancas peinadas hacia arriba, una barba larga acabada en dos puntas a la altura del

mentón, pero con la zona del bigote afeitada, una amplia calva blanca con una pequeña coleta detrás y una piel marrón característica de los hombres del sur, más alto que yo y robusto como un toro, a pesar de aparentar más de sesenta años. Me resulta muy familiar.

—¿Por qué has tardado tanto, preciosa? En cuanto han olido la carne de aquí han venido como posesos, ya se me estaba cansando el brazo. —Protesta el viejo mercenario.

—Si a ti te ha parecido que aquí había muchos, no quieras salir ahí fuera. —Protesta Esmeralda mientras intenta recuperar el aliento.

—Afuera está completamente infestado, los otros clanes no han tardado nada en venir aquí en cuanto han olido la sangre. —Dice la mujer que nos ha guiado hasta aquí.

Esta mujer lleva el pelo castaño muy corto, como un hombre, tendrá unos treinta años, lleva un abrigo de piel de ciervo que le llega hasta las rodillas, con varios cinturones en la cintura, con múltiples zurrónes delante, en los lados y atrás. Lleva unas botas finas altas con algo de tacón, marrón oscuro y unos brazales en los antebrazos con grabados en los bordes que parecen una hilera de cuernos de ciervo, sin hombreras, el abrigo cubre hasta casi los codos, detrás lleva un arco grande para una mujer y una ballesta detrás del hombro derecho y tras el izquierdo un carcaj, la bolsa con los vítores de la ballesta la tiene atada a la cintura y le cuelga al lado de la pierna derecha. En el pecho, a la altura del corazón, lleva grabado un venado rojo dentro de un círculo verde, con la cabeza de lado mirando al cielo. El gremio de mercenarios cazadores del Jardín de los Gigantes, un bosque gigantesco a una semana al norte del mío, algo más al este.

—Bueno, al menos ha salido bien, hemos recuperado al otro, y ninguna de vosotras ha salido herida, no se puede pedir más. —Dice el viejo quitándole importancia, se me queda mirando un rato, creo que me va a hablar pero se da la vuelta hacia un hombre tirado en el suelo, al que atiende una joven que no tendrá ni veinte años vestida como la arquera, aunque es más pequeña, tiene el pelo largo castaño recogido en dos coletas que tiene sobre los hombros y una falda de piel de ciervo que le cubre los muslos desde la cintura hasta casi las rodillas—¿Cómo está?

—No le baja la fiebre, y ya ni siquiera se despierta para beber. —Dice la chica resignada.

—Mala cosa. —Dice el viejo.

El hombre tirado en el suelo es un hombre de unos cuarenta años, con barba negra espesa y pelo largo que parece un estropajo. No sabría de donde es, tiene encima varias mantas negras, pero donde sobresale una pierna, la otra no.

—Una de esas cosas lo pillaron por la pierna cuando intentaba huir de ellas, se la dejó tan destrozada que tuvimos que amputársela casi por la rodilla. —Me dice la arquera que se ha puesto a mi derecha cruzada de brazos—Me llamo Paloma, encantada.

—El placer es mío.

Paloma se me queda mirando, esperando oír mi nombre.

—¿Qué pasa? ¿No te vas a presentar, polluelo? —Me pregunta el viejo.

Polluelo, ahora caigo.

—Podéis llamarme como queráis, señor Ro. —Le respondo inclinando la cabeza.

Ro sonrío de oreja a oreja enseñando unos perfectos dientes blancos, satisfecho. Y después suelta una sonora carcajada, sin reprimirse nada, una risa ronca que resuena por toda la sala.

—Sabía que eras tú, cabroncete, hay que ver lo grande que te has puesto desde la última vez que te vi. —Dice entre sonoras carcajadas.

—Pero aun así no he conseguido alcanzarle.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

—¿Te lo dije o no te lo dije? —Me dice arqueándome las cejas.

—Espera, ¿os conocéis? —Pregunta Esmeralda perpleja.

Él me mira y me guiña un ojo.

—Se podría decir que sí. —Dice acariciándose uno de los picos de su barba—Pero no voy a soltar prenda—Dice mostrando una risa pícara.

—Tú y yo tendremos que hablar cuando esto haya terminado. —Dice Esmeralda dándole unos golpecitos en el pecho.

De repente, la chica que está atendiendo al mutilado da un brinco y se pone de pie mirándome con los ojos como platos.

—¡Señor Héroe! —Dice sonriéndome.

—¿Héroe? —Pregunta Esmeralda.

Intento hacer memoria de aquel pueblo, de quién podría ser por edad. Me recuerda a una chica escuchimizada con coletas, así que pruebo suerte.

—¿Ratilla? —Le pregunto inclinando la cabeza.

—¡Sí! —Dice sonriendo de verdad—Me honra que me recuerde.

—¿Qué haces siendo mercenaria? ¿Ha pasado algo en Pequeño Jardín? —Le pregunto preocupado.

—¿Eh? Ah, no, para nada, es una larga historia, pero me fui de allí con mi tía el año pasado, me está enseñando el oficio. —Dice sonriendo.

—Vaya, ¿así que tú eres el tipo que le quitó a esos cerdos de encima a mi hermana y a mi sobrina? En ese caso ya no me molesta tanto haber ido a por ti. —Dice riéndome, no es una risa tan inocente como la de su sobrina, pero la hace más guapa de lo que creía posible—Tienes mi agradecimiento.

—Estamos en paz por lo de antes. —Digo quitándole importancia al asunto.

—¡Espera, espera, espera! ¿Ahora resulta que aquí te conoce todo el mundo? —Va corriendo hacia Ratilla y le pone el brazo sobre el cuello—Venga, tienes que decirme algo de él, como qué esconde bajo la máscara, cómo se llama, no es justo que tú sepas cosas y yo no, somos amigas, ¿no? Tienes que decírmelo. —Dice casi ronroneando como una gata, intentando embaucarla.

—Lo siento, pero de eso no sé nada, nunca lo he visto sin la máscara, ni sé cómo se llama de verdad. —Dice a la defensiva, algo nerviosa.

—Ya dejaremos los marujeos para luego. Tenemos una plaga de cucarachas ahí fuera. —Dice Ro.

—Vale, vale. —Dice Esmeralda resignada.

—Bueno, a lo tonto ya nos hemos presentado todos, ¿vamos a lo que importa? —Dice Paloma.

—Me parece bien. Sois nuestros predecesores, imagino, no nos dieron información alguna cuando nos metieron aquí, ¿sabéis algo de lo que pasa aquí? Lo que sea.

—Sí, pero no por lo que nos hayan dicho esos mamones, lo hemos ido sacando de aquí y allá. —Dice Ro molesto.

—¿Y qué son? —Pregunta Esmeralda.

—Ni ellos lo saben, lo único que se sabe de ellos es que los sacaron de bien del fondo de la Cicatriz, los trajeron aquí de contrabando, para vendérselos a un noble coleccionista de animales “exóticos”.

—¿Y de dónde habéis sacado eso? —Pregunto.

—De una casa en la periferia, ahí encontramos el diario y unos contratos de un espeleólogo llamado Manti. Según eso cogió algunas crías y un puñado de huevos de una excavación por la altura del Gran Valle, algo más al sur. El subnormal del tipo que los compró quiso que se reprodujeran para venderlos a su vez, como nadie sabe qué son

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

les dio por ganar una fortuna con una nueva especie. Ya vez como les quedó el experimento. —Explica Ro.

—Ya os habréis dado cuenta de lo inteligentes que son, en el diario no pone como, pero pasó lo que tenía que pasar, cuando crecieron un poco se escaparon y empezaron a reproducirse como conejos. Esto lo hicieron en la primavera pasada, aquí dentro solo estaban los del equipo que estudiaba a estas criaturas y los de mantenimiento de la ciudad, que se encargaban de tenerlo todo limpio y de cuidar de que la comida que se iba almacenando para el invierno estuviera en buen estado. —Sigue Paloma.

—A los dos meses de que se escaparan algunos empezaron los ataques al personal, de alrededor de cuatrocientas personas que había aquí en aquel momento, en dos semanas quedaron unas sesenta, entonces se escaparon todas las demás cuando atacaron el centro donde las tenían y ya se desmadró todo. Salieron vivos de aquí cuatro personas. Y de eso hace ya seis meses. —Continúa Ratilla.

—Ahí fue cuando me contrataron a mí y a mis compañeros, nosotros fuimos los que sacamos a esos desagradecidos. Luego nos contrataron para acabar con la plaga y nos quedamos aquí para ellos. —Sigue Ro.

—¿Llevas aquí seis meses? —Pregunta Esmeralda perpleja.

—Sí, hija, sí. Esos bichos son como las cucarachas, no solo de aspecto, no hay manera de acabar con ellas. Aparte que los cabrones de afuera nos dejaron aquí encerrados, no podíamos salir para nada. Cuando llegamos éramos doce, y ahora solo quedo yo. —Dicho esto, Ro se quedó en silencio, pensativo.

—Ratilla, yo y otros cuatro llegamos aquí hace tres meses, se suponía que para una cacería de una plaga normal solo que muy extendida, nunca nos dijeron que fueran unas presas tan peligrosas, para una misión así necesitaríamos más de treinta cazadores... Y en esta tanda solo venís dos. No sé que tienen esos imbéciles en la cabeza. —Dice Paloma molesta.

—Pues menuda gracia. ¿Cómo demonios habéis sobrevivido tanto tiempo? —Pregunta Esmeralda.

—Las cucarachas devoraron todo lo que estaba a su alcance, pero no todo estaba a su alcance. —Dice Ratilla con una sonrisa forzada.

—Los ricachones saben bien como guardar su comida y bebida, y la tienen guardada a cal y canto, estas cucarachas son listas, pero no llegan al punto de usar llaves. Así que usamos estas despensas tan bien protegidas contra ladrones como comedor y refugio, de esas puertas no pasan. —Explica Ro.

—¿Y en todos estos meses no habéis podido acabar con ellos? —Pregunta Esmeralda.

—Ya ves cuantos son, y se reproducen jodidamente deprisa, hemos cazado a más de quinientos desde que llegamos, pero no paran de fornicar los muy cabrones. —Dice alterada Paloma.

—¿No existe alguna manera de acabar con todos? —Pregunto.

—Los machos. Matar a los machos en la única manera. —Responde Ratilla.

—¿Por qué los machos? —Pregunta Esmeralda.

—Por el motivo que sea, según los datos que encontramos, solo uno de cada cincuenta huevos sale un macho. Para que haya huevos tiene que haber un macho y una hembra, si cortamos el grifo de uno de los dos, tarde o temprano acabarán por palmarla todos. Pero están bien protegidos. —Explica Ro encogiéndose de hombros.

—Conforme veníamos aquí vimos como unos machos se mataban entre ellos, y también como muchas hembras trataban de matar a un macho, si son tan escasos y tan listos ¿cómo es que se matan entre ellos? —Pregunto.

—Ah, eso, es que hay diferentes clanes. —Dice Paloma.

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

—¿Cómo? —Pregunto.

—Sí, nos hemos dado cuenta hace poco, de vez en cuando un macho le da por disputarle el trono al jefe, si gana lo sustituye, si no, se busca otro sitio, la ciudad es grande, toman un barrio y se ponen a fornicar ahí para hacer más cucarachas, llevan matándose entre ellas varias semanas. —Explica Paloma.

—Creemos que es por el fuego, todos quieren estar cerca del fuego de la plaza central, y muy de vez en cuando intentan conquistarlo, han caído más por sus propias manos que por las nuestras. —Explica Ratilla.

—Joder, menuda sociedad se han creado aquí, ¿no? —Dice Esmeralda perpleja.

—Ya ves, solo le falta una corona al de la mansión y algún lameculos y ya serán igual que nosotros. —Dice Ro entre sonorras carcajadas.

—Pues entonces lo tenemos jodido para acabar con esto en dos días. —Dice Esmeralda pensativa.

—¿Dos días? —Pregunta Paloma.

—Es el tiempo límite que nos puso el cliente en terminar con esta plaga. — Respondo—¿A vosotros no os dieron un tiempo límite?

Ro y Paloma se miran y nos dicen que no con la cabeza.

—Un momento, ¿por qué nos pone a nosotros un tiempo límite y no al resto? — Pregunta Esmeralda.

—Porque es el tiempo que tienen para camuflar su cagada. —Respondo.

—¿Qué quieres decir? —Pregunta Ratilla.

—Vosotros mismos lo habéis dicho, esto es a causa de un negocio ilegal, y estas criaturas se han reproducido demasiado, no pueden meter a toda la población de Picoalto con esas bestias aquí y el invierno está a la vuelta de la esquina, si lo revelan tendrán represalias, no pueden decirlo, por eso nos contrataron en pequeños grupos y se trató todo con tanto secreto. Los dos días es el tiempo límite que tienen para silenciarlo todo.

Se hace un gran silencio en la sala.

—¿Y por eso no nos han dejado salir a ninguno? —Pregunta Ro.

—¡Hijos de puta! ¡Nos querían silenciar desde el principio! ¡Lo consiguiéramos o no nos iban a matar igualmente! —Dice a voces Paloma, cabreada de verdad.

—Es lo más probable.

—Espera, ¿y cómo van a hacerlo? Es una ciudad entera para miles de personas, y está toda infestada, no pueden matarlos a todos sin cargarse la ciudad, ¿qué van a hacer? ¿Echar abajo el techo y arrasarlo todo? No sobrevivirían al invierno. —Dice Esmeralda para cambiar de tema y centrarnos.

—Pero sí podrían hacer brechas en la montaña e inundarla, solo tendrían que poner explosivos en lugares estratégicos para abrir un hueco mayor de los que ya hay y otro para tapanlo con una avalancha. Pueden poner los explosivos en los lugares por los que ya entra el agua que corre por las paredes y agrandarlos, por ejemplo. Siempre se puede achacar algo así a un derrumbe natural.—Dice Paloma en serio.

La tensión se palpa en el ambiente, y se hace un silencio sepulcral.

—Joder, ahora que estábamos con los ánimos levantados por vuestra aparición nos decís esto... —Dice Ro claramente afectado.

Se vuelve a hacer un silencio sepulcral, todos estamos asimilando lo que nos está pasando, y pensando mil maneras de salir de aquí.

—“El punto fuerte suele ser también el punto débil”. —Digo sin pensar, es lo que siempre dice mi padre en una situación difícil, seguido de:

Leyendas de los 9 Reinos: 1ª Leyenda – Libro 1

—“Y el punto débil suele ser también el punto fuerte”, o dicho de otro modo, lo peor que te puede pasar visto de otro modo es lo mejor que te puede pasar. —Termina la frase Ro.

Es algo que suele decir mi padre, viene a ser que no todo es negro o blanco, algo malo puede ser bueno si miras de otra forma, y algo bueno puede tener una mala repercusión y ser peor el remedio que la enfermedad, es decir, que lo malo puede ser bueno y lo bueno malo, dependiendo de cómo lo mires.

Dicho esto Ro se me queda mirando, y su cara de preocupación pasa a pensativa y de ésta a alegre, no una alegría inocente, sino a la risa que pone un cabrón cuando le das permiso para liarla a lo bestia, una mirada cómplice con el entrecejo bien marcado y una sonrisa tan genuina que es imposible de disimular.

—Polluelo, eres igualito que tu padre.